

El Blues en Tokio

Para una experiencia más inmersiva, se recomienda escuchar "Dream of You" de Helen Merrill mientras lee esta historia.

Anita estaba escribiendo en su diario cuando la puerta se abrió. Rápidamente escondió su pequeño cuaderno en su kimono. Un hombre joven entró en la habitación, sorprendido al ver una mujer japonesa tradicional.

"Buenas tardes, señor Evans. Me llamo Anita y hoy haré una ceremonia de té para usted," dijo la chica, notando su confusión. "Parece que no le informaron que habría una geisha en su habitación."

"Lo siento, pero no necesito sus servicios," respondió él con irritación.

De repente, exclamó: "¡Helen, maldita sea! Me volverás loco. No, ella definitivamente hizo esto a propósito para molestarse."

"¿Perdón?" preguntó Anita confundida.

"Escucha," suspiró profundamente, "usted no tiene la culpa. Saldré un momento, por favor recoge sus cosas y váyase."

El hombre salió rápidamente, cerrando la puerta con fuerza.

Anita estaba parada en medio de la habitación, confundida. Decidió recoger su set de té e irse, pero notó un cuaderno musical sobresaliendo de la bolsa del señor Evans. Instintivamente, tiró un poco del borde.

"Merrill," leyó Anita en voz alta. "Conozco ese apellido, creo que solo conozco una Merrill y se llama Helen."

"¿Qué?" exclamó sorprendida y sacó completamente el cuaderno. En la portada decía: "Para el concierto con Helen Merrill en Tokio."

Anita reconoció inmediatamente líneas de la canción "Dream of You". Abrió el cuaderno en la primera página, donde indicaba que era propiedad de Gil Evans.

Mientras tanto, Gil estaba sentado en un pequeño bar, calmándose con bourbon. "Tal vez fui demasiado duro con ella, con esa frágil criatura en kimono," pensó.

Cuando Gil regresó a la habitación, vio a Anita sentada en el suelo con su cuaderno musical. Sintió una ira creciente y se acercó decidido a quitárselo. Estuvo a punto de abofetearla, pero algo lo detuvo. Su cuerpo se relajó y cayó de rodillas frente a ella.

"¡Jazz!" gritó Anita inesperadamente.

"¿Qué?" respondió Gil, sin levantar la cabeza.

"Me encanta el jazz y..." la garganta de Anita se secó y se detuvo.

"Yo... yo también, sí, supongo que yo también amo el jazz," la interrumpió.

Gil levantó la cabeza y miró a Anita. Vio que su cara estaba cubierta de sudor nervioso y que sujetaba firmemente el cuaderno como un tesoro. "¿Cómo puedo quitarle esto, si ella ama el jazz y yo, supongo, también lo amo?" Comenzó a reír. "¿Supongo? ¡Lo adoro!" Su risa se hizo más fuerte.

"Lo siento," susurró ella.

"¿No es maravilloso?" sonrió Gil, tomando sus manos suavemente mientras se levantaban juntos. "¿Te gusta el jazz? ¡Déjame tocar para ti!"

Anita comenzó tranquilamente la ceremonia del té. Sus movimientos calmaron a Gil, quien observó en silencio hasta que ella le ofreció una pequeña taza de porcelana japonesa tradicional.

Después de explicaciones y disculpas, Gil invitó a Anita al concierto esa noche en el bar del hotel.

Anita se cambió en su habitación. Se quitó el kimono, se lavó el maquillaje y se puso un elegante vestido blanco con grandes flores rojas de estilo chino.

Cuando llegó al bar del hotel, sonidos de instrumentos musicales ya flotaban en el aire. Gil la llevó a una mesa reservada, pero ella prefirió sentarse en la barra.

De repente, el salón se sumergió en oscuridad y un reflector iluminó el escenario. Helen Merrill apareció con gracia ante el micrófono. Parecía una estrella del viejo Hollywood: pelo blanco ondulado, labios carnosos, pendientes de diamantes en forma de estrellas, largos guantes blancos y un ajustado vestido azul oscuro cubierto de cristales negros que reflejaban la luz.

Helen estaba de pie en completo silencio, mirando profundamente el alma de cada espectador. Una melodía inquieta ondulaba por la sala, luego se estabilizaba. Se escuchó su hermosa voz cantando "Where Flamingos Fly":

Go for a ride

Vamos a dar un paseo

In the still of the night

En la tranquila oscuridad de la noche

And morning brings forth

Y la mañana nos trae

All this wonderful delight

Todo este maravilloso deleite

Couldn't have made it more plain

No podría haberlo hecho más simple

When I heard that soft refrain

Cuando escuché ese suave estribillo

*And I heard you gently sigh
Y te escuché suspirar suavemente*

*Wanna take you where flamingos fly, flamingos fly
Quiero llevarte donde vuelan los flamencos, vuelan los flamencos*

*Way over yonder in the clear blue sky
Allá lejos en el claro cielo azul*

*That's where flamingos fly
Ahí es donde vuelan los flamencos*

Probablemente todos en la sala querían esperar hasta el amanecer. Anita no sabía si había otros admiradores de Helen además de ella, pero realmente quería encontrar al menos uno para compartir sus impresiones. La canción se reveló de una manera completamente nueva. Notas inusuales para el jazz trajeron una frescura sin precedentes, como si hubiera amanecido y se sintiera una ligera brisa en la cara.

Anita miró a Gil: "Está lleno de sorpresas, señor Evans."

Después de la quinta canción, Helen anunció que ahora actuaría la persona que había dado a sus canciones un arreglo tan vivo y rico.

"Normalmente, el señor Evans no canta, pero acaba de confirmar nuestro próximo concierto y esto lo ha inspirado increíblemente, así que les pido que apoyen al señor Evans con sus aplausos," - el público entusiasmado dio una cálida bienvenida a Gil.

Comenzó a sonar el viejo y confiable "Hong Kong Blues" de Hoagy Carmichael. La canción se hizo popular en los años cuarenta gracias a la película "Tener y no tener" del director Howard Hawks. A Anita no le gustaba especialmente el drama bélico, pero la atmósfera del cine de Hollywood en blanco y negro siempre la inspiraba.

Le parecía que la voz tranquila pero alegre de Gil invitaba a la aventura, llamándola a un lugar conocido pero de otra época. Cuando cantó la línea del estribillo: "Necesito a alguien que me quiera", la miró directamente a los ojos y le guiñó un ojo. Sorprendida, Anita se sonrojó y desvió la mirada por un segundo.

No notó cómo Helen se le acercó por un lado y la saludó, lo que la sobresaltó ligeramente.

"¿Anita, verdad?" - Helen recibió un asentimiento silencioso de aprobación - "Gil me habló de ti, realmente no esperaba que mi sorpresa resultara en tal inspiración increíble para él. Quiero agradecerte. Gil planeaba presentarnos después del concierto, pero creo que ustedes dos no deberían perder tiempo. Solo sepas que el éxito del concierto de hoy es tu mérito."

Sin darle a Anita la oportunidad de responder, Helen le guiñó un ojo y se apresuró a irse antes de que alguien la notara.

La actuación estaba llegando a su fin, pero los oyentes querían más. Mantuvieron a la solista en el escenario durante mucho tiempo, exigiendo canción tras canción. Finalmente, todo terminó mucho más tarde de lo planeado.

Parecía que el largo concierto debería haber cansado a Gil, pero estaba animado y lleno de energía, así que invitó a Anita a pasar más tiempo con él en la mesa que había reservado para ella. Ni siquiera notaron cómo comenzó el amanecer, y las luces del Tokio nocturno dejaron de brillar más que las estrellas en el cielo.

Al día siguiente, Gil y Anita se encontraron en la entrada del hotel después del almuerzo. Aunque sus rostros mostraban cansancio, ambos querían escapar de la ciudad sofocante, así que decidieron visitar el Cotton Club de Tokio, un legendario club de jazz ubicado en el distrito de Nihonbashi.

"¿Conoces este lugar?" preguntó Gil con asombro cuando Anita lo guió por un callejón estrecho.

"Es uno de mis lugares favoritos," sonrió ella. "Aquí vienen los mejores músicos de jazz cuando visitan Japón."

Cuando entraron, Gil no podía creer la coincidencia: las paredes estaban decoradas con fotografías antiguas de músicos de jazz, y entre ellas, había una foto de él mismo con Helen Merrill de hace años. Bajo la imagen, una pequeña placa decía "Gil Evans y Helen Merrill, Nueva York, 1957".

"¿Has pensado en mi propuesta?" preguntó Gil, como si hubiera estado esperando el momento adecuado mientras admiraban la decoración.

"Creo que ya no podré negarte nada," Anita tomó su mano mientras el pianista del club comenzaba a tocar suavemente las primeras notas de "Dream of You".

En ese momento íntimo, Gil se acercó a ella, tocó suavemente su rostro y la besó, mientras la música envolvía sus sentidos como un abrazo cálido.

En los días siguientes, su relación se desarrolló tan rápidamente como un torbellino que gana velocidad, arrancando de raíz y absorbiendo todo lo que encuentra en su camino. Y ellos lo disfrutaban.

Anita sabía en el fondo de su corazón que todo podía terminar en cualquier momento, pero siempre queremos creer en la suerte y en un final feliz. Gil luchaba con sentimientos de culpa, avergonzado de admitir que en América le esperaba una vida completamente diferente, que estaba comprometido con una chica de la que se había enamorado siendo todavía colegial.

Para Anita, todo lo que había sucedido era demasiado romántico y de cuento de hadas para ser verdad. Pero su historia era como el jazz mismo: improvisada y llena de sorpresas, con momentos de intensidad y silencios elocuentes. Como las notas de una trompeta solitaria que flotan en el aire nocturno, su amor había aparecido de repente, brillante e intenso, transformando todo a su paso.

Y así como los ritmos sincopados del jazz nos enseñan a encontrar belleza en lo inesperado, Anita aprendió que a veces, las mejores melodías de la vida son aquellas que nunca planeamos tocar. Un amor fugaz, como un solo de saxofón en medio de la noche, puede desvanecer con el amanecer, pero su eco permanece para siempre en el corazón.
